



EL ÁRBOL DE MI  
**VIDA**

O M A R C R U Z





El cuento infantil sin dibujos más triste del mundo.  
Texto: Omar Cruz







El 21 de junio de 1690, un pequeño mirlo se había posado en las ramas de un frondoso árbol que estaba en su cuarto ciclo frutal. El mirlo disfrutaba tranquilamente de su alimento cuando de pronto un trueno que anunciaba tempestad lo espantó y se fue volando apresuradamente. Justo en ese momento cayó en la tierra una de las semillas de ese fruto y comenzó a llover.

La lluvia duró aproximadamente una hora. Las aguas arrastraron la semilla por las zanjas que se iban formando. Finalmente cuando escampó, la semilla comenzó a respirar debajo de la tierra gracias a los nutrientes naturales que la misma lluvia había suministrado.

Poco a poco la semilla fue tomando forma y sus raíces iban creciendo lentamente. Luego de nueve meses la semilla quiso ver la luz y escaló la tierra hasta asomarse tímidamente en la superficie.





Miró a su alrededor y todo le pareció muy extraño. Por un instante sintió miedo de salir y quiso regresar, pero sus raíces seguían desarrollándose y no pudo evitar crecer.

La semilla se extrañaba al ver como le iban saliendo formas largas y torcidas en su debilucho tronco. Las hojas y ramas comenzaron a salir sin parar. Poco a poco se fue dando cuenta que eso le servía para enfrentar inviernos, veranos y adversidades.

Que lo fortalecían.



A medida que crecían sus ramas iba descubriendo la gran variedad de aves que se albergaban en él. También las mariposas, abejas, caracoles, ardillas, monos, grillos, hormigas y hasta serpientes convivían en total armonía.

Y así pasaban inviernos, primaveras, veranos, otoños, terremotos, relámpagos y hasta intentos de tala por parte de la bestia humana. Pero el árbol cada día se fortalecía más y más.









Su imponente tronco era capaz de atemorizar a los osos más inmensos, tigres, jirafas, leopardos y hasta elefantes quienes a veces intentaban treparse sin éxito para alcanzar los frutos. Era respetado. Todos sabían que el aire que respiraban era gracias a él, por eso también lo amaban.

El árbol había llegado a los 324 años de edad.









Era prácticamente el gran monarca del lugar, aunque ya no tenía a nadie. Se había quedado completamente solo en el planeta, era el último árbol.

La civilización había acabado con casi toda la especie animal.

Su tronco estaba lleno de cicatrices y grietas.



La ingeniería moderna había desviado los ríos que alimentaban sus raíces y la contaminación de la tierra produjo un hongo que se había propagado con bacterias malignas en sus raíces.

Muchas de sus ramas se habían secado y desprendido.

Durante el último invierno había perdido sus hojas y lucía misterioso, oscuro y moribundo.

Mientras el árbol agonizaba una hormiga vio que en las ramas más altas le quedaba una última hoja y decidió subir para protegerla.

Mientras caminaba hacia ella le pedía con todas sus esperanzas a la Pachamama que le diera fuerzas para llegar.

En el camino se encontró con una mariposa quien furiosa trató de impedirle el camino.

- No te dejaré pasar! Debes irte. No puedes comerte esta hoja.

- No tengo intención de comérmela, sino de protegerla. Contestó la hormiga.

- Entonces, ¿tú también sabes que si se le cae esta hoja el árbol muere?. Preguntó la mariposa.





- Sí, por eso quiero subir y estar con ella para cuidarla.

La mariposa le contó que quería subir al cielo para pedirle a las nubes que regaran al árbol con su lluvia pero era muy alto para ella.

Muchas mariposas lo habían intentado pero morían en el intento y caían convertidas en moticas de algodón.

Fue así como se extinguió la especie. Entonces la hormiga llamó a su amigo el turpial quien con mucha aceptación prometió picotear las nubes hasta hacerlas llover y aprendió su viaje sin parar. Jamás regresó. Otras aves también lo habían intentado y fueron tragadas por las nubes.









El árbol apenas podía escuchar las conversaciones de sus amigos y podía medio abrir sus cansados ojos para verlos luchar por él.

Se sentía apenado al no poder hacer nada a pesar de su inmenso tamaño y fortaleza.

Sabía que le quedaba poco tiempo de vida y no quería irse triste.

Sus palabras no le salían, tampoco podía mover sus ramas por temor a que se le desprendieran, pero quería abrazarlos para agradecerles tanto amor.

A través del inmenso humo negro se podían ver a los lejos las luces de los imponentes edificios que habían aplastado a todos los de su especie.

En su delirio se preguntaba por qué Dios lo había seleccionado a él para ser el último árbol del planeta.

Dios escuchó sus palabras y le susurró al oído:

- Durante años te he salvado de todos los males de la tierra, especialmente de la especie humana, porque tu misión era dejar conciencia en esta humanidad que cada día avanza hacia su propia destrucción.







Cuando caiga tu última hoja podrás sentirte orgulloso de lo que fuiste. Solo distes vida, armonía y paz, incluso para aquellos que quisieron destruirte.

- Pero Señor, ¿por qué yo? Por qué tuve que ver la muerte de mis seres más amados, por qué llegué tan lejos para nada, por qué me he quedado tan solo... por qué me han abandonado? Preguntó el árbol cubierto de lágrimas.

- Que equivocado estás hijo mío. Puedes dejar caer tu última hoja y lanzar tu suspiro con orgullo y sin ningún miedo.

Tú nunca has estado solo ni lo estarás jamás aunque se sequen tus raíces. Por más de 300 años le has dado al mundo la esperanza y el oxígeno que necesitaba para continuar.

Eso te hace inmortal.









El árbol volvió a recorrer con la vista cada una de sus ramas. Notó que la hormiga y la mariposa ya no estaban para cuidar su hoja.

También se habían convertido en estrellas como todos los animales que existieron en la Tierra.

Se quedó contemplando la tristeza de un cielo totalmente gris que ya ni nubes tenía. Intentó llorar pero las lágrimas no le salieron.

El cielo se abrió y un rayo de luz fue directo hacia el árbol mientras sonaban en su imaginario ríos indetenibles, olas de los mares, rugidos de fieras y el canto de millones de aves.

Entonces agradeció a Dios por cada uno de sus 325 años vivido.

Con una pequeña sonrisa cerró sus ojos para lanzar un profundo suspiro... entonces la última hoja se desprendió de sus ramas y comenzó a subir al cielo gracias a una fresca brisa que acariciaba al árbol mientras moría lentamente de pie.

Omar Cruz  
Septiembre de 2015